

comer y en la antepasada comimos puros quelites») y le notifica que ha decidido irse al Norte a ganar algún dinero. Mientras tanto, le pide que cuide de su familia. Los reproches son mutuos, pero al fin el padre accede: «—¿Y cuándo volverás? Pronto, padre. Nomás arrejunto el dinero y me regreso. Le pagaré el doble de lo que usted haga por ellos. Déles de comer, es todo lo que le encomiendo». Trágico final: la balacera, muerto el compañero, el hijo, vuelve a contar su desgracia. «—Se te fue la Tránsito con un arriero. Diz que era rebuena, ¿verdá? Tus muchachos están acá atrás dormidos. Y tú vete buscando onde pasar la noche, porque tu casa la vendí pa pagarme lo de los gastos. Y todavía me sales debiendo treinta pesos del valor de las escrituras». Como otras veces, el paraíso del Norte no llegó a abrir sus puertas a quien llamaba a ellas con tanto interés. Para más desgracia, toda su existencia quedó arruinada al intentar salir de ella, la familia desbaratada y el hogar perdido.

Reflexiones no faltan ante relatos como éste, tal vez es el mismo desarraigo que aparece en la obra capital de Rulfo, *Pedro Páramo*, o en otros relatos cortos: es el pueblo esquilmado, reducido a dos manos que buscan un trozo de pan y no lo encuentran, es la opresión indiscriminada sobre los desheredados, es la falta de apoyo de sus semejantes ante situaciones de manifiesta desolación, es la ignorancia queriendo saltar las barreras de la pobreza y yendo a estrellarse en los muros trágicos de la desgracia. Pero si nos conmueve esta historia, por su crudeza y por el desamparo en que vemos moverse a su protagonista, no menos dolor nos causa el advertir que esta ficción se convierte a diario en una realidad en el país en que tienen lugar corrupciones como la de Pemex o las que se manejan en el partido del Gobierno, con esa abigarrada pléyade de desharrapados que habitan en la ciudad de Méjico o que ejercen los más bajos menesteres en Acapulco, gentes para las que está negado cualquier horizonte de cierta comodidad, cualquier futuro de confort, en un país de inmensa riqueza petrolera. Si veíamos a un gobierno entregando ese Llano yermo a quienes nada tenían, también vemos a los poderes públicos evitando la huida a tierras de promisión a los decrepitos habitantes de la miseria, pero sin darles nada a cambio, sin proteger su posibilidad de subsistir. El hijo reprocha a su padre: «—Pero usted me nació. Y usted tenía que haberme encaminado, no nomás soltarme como caballo entre milpas». A lo que el padre replica: «—Ya estabas bien largo cuando te fuiste. ¿O a poco querías que te mantuviera siempre? Sólo las lagartijas buscan la misma covacha hasta cuando mueren. Di que te fue bien y que conociste mujer y que tuviste hijos, otros ni siquiera eso han tenido en su vida, han pasado como las aguas de los ríos, sin comerse ni beberse». Triste lamento el del hijo: «—Ni siquiera me enseñó usted a hacer versos, ya que los sabía. Aunque sea con eso hubiera ganado algo divirtiendo a la gente como usted hace».

Esos derrumbes

Tras tantos años de mesianismos con el fusil en la mano, América del Sur (traguemos con llamarla Iberoamérica, por aquello de la «hermandad» entre Portugal y España), hoy parece que nuevos horizontes cobran luz en aquellas geografías. Goyo Álvarez ha sucumbido ante Sanguinetti; Belisario ha recabado una herencia difícil de

Ayala y congéneres; Siles Zuazo se debate entre la huelga de hambre y el plante ante milicos ariscos; en Paraguay, la cosa sigue; Pinochet se cubre de honores; Alfonsín le echó lo que había que echar a los frondosos, y el tancredismo parece tomar el mando frente a un malufismo que olía demasiado a pólvora en Brasil. Poco a poco, la democracia vuelve a sus orillas. A lo mejor a partir de ahora será posible que los humildes tengan un lugar bajo el sol. Méjico, por lo menos, actúa de mediador entre los grandes enemistados del americanismo, hemisferios norte y sur, o sea, Nicaragua y Estados Unidos, fundamentalmente, con esos antiguos resquemores hacia Cuba y el bastión del estado libre asociado que es Puerto Rico, y que ahora, gracias al amigo Hernández Colón, se aferrará un poquito más a sus herencias hispanas. Todo va camino de una refulgente celebración de ese quinto centenario del Descubrimiento. Esperemos que no haya algún saco roto por donde se vayan los dólares (o sea, demasiadas pesetas) de los presupuestos.

Esperamos que tantos edificios construidos sobre la historia, y hoy sobre la esperanza, no comiencen a derrumbarse algún día. Se nos han ocurrido estas reflexiones después de la lectura del relato de Rulfo titulado *El día del derrumbe*, ver a ese gobernador comiendo a dos carrillos y «limpiándose las manos en los calcetines para no ensuciar la servilleta que sólo le sirvió para espolvorearse de vez en vez los bigotes», así como ese corro de personajes inhábiles, unos atizando la fiesta (¡para una vez que viene el gobernador...!), y otros lamentando el disparate de tanto despilfarro inútil y sin sentido. Ese es el problema de Hispanoamérica. Ahí el caso de los militares brasileños, ofreciendo un futuro de progreso y entregando las armas casi ante una deuda exterior que tardarán muchas generaciones en poder pagar. La fiesta termina mal, como todas las fiestas donde priva el alcohol y el «Asturias, patria querida» en versión local, o sea, a tiro limpio. «Y la gente que estaba allí de mirona echó a correr a la hora de los balazos». Hay geografías abocadas a la violencia institucionalizada, al odio insondable, a la insatisfacción, a la desventura. Sobre ellas no es adecuado edificar nada, todo tiende a derrumbarse, a caer...

Una Virgen escasamente milagrosa

En el relato titulado *Talpa*, un hombre nos cuenta que entre él y su cuñada Natalia llevaron a su hermano hasta el santuario de la Virgen de Talpa. Su hermano Tanilo padece una enfermedad —quizá lepra— que le va dejando «unas llagas así de grandes, que se abrían despacito, muy despacito, para luego dejar salir a borbotones un aire como de cosa echada a perder que a todos nos tenía asustados». El propio enfermo les ha pedido que le conduzcan ante la Virgen, con la esperanza y la fe de que tras el doloroso peregrinaje, sus males podrían cesar. Tenemos aquí otro Lourdes, Fátima, Roma, casi igual de inútil que la costosísima Seguridad Social de España, e igualmente aparatosa. Tanilo, el enfermo, «quería ir a ver a la Virgen de Talpa, para que Ella con su mirada le curase sus llagas. Aunque sabía que Talpa estaba lejos y que tendríamos que caminar mucho debajo del sol de los días y del frío de las noches de marzo; así y todo, quería ir». En las pequeñas aldeas, en los latifundios abandonados del extenso Llano, la gente muere a veces de forma gratuita, tal vez por no haber sido curados

en un principio; mueren igual de un mal catarro que de una enfermedad de la piel. Las autoridades se hinchan a dar discursos en la capital del Estado o de la nación, los latifundistas acuden a la ópera o a cenas de negocio. Mientras tanto, los aparceros van falleciendo poco a poco, algunos ni siquiera tienen la fe de acudir a la cercanía de una presunta Virgen milagrosa, posiblemente porque crean tan poco en una imagen como en un patrón. Pero eso es así. No queda ni un rincón en que vivir al abrigo de alguna felicidad o de algún afecto. En este caso, la esposa y el hermano acceden a los deseos del enfermo y emprenden el viaje. «La idea de ir a Talpa salió de mi hermano Tanilo». Tal vez era el último deseo antes del ajusticiamiento que la enfermedad le tenía previsto. «Desde hacía años que estaba pidiendo que lo llevaran. Desde hacía años. Desde aquel día en que amaneció con unas ampollas moradas repartidas en los brazos y las piernas». A veces sólo queda la esperanza, por ejemplo, para quienes mueren de hambre mientras ven sobre sus cabezas el fulminante ascenso de los cazas americanos (nortea-) o soviéticos, por ejemplo, en Afganistán, Etiopía, Líbano, Marruecos, Cuba, los misquitos de Nicaragua. Queda el recuerdo del terremoto de Managua y la crítica que se le hizo a un tal Somoza en el sentido de que las ayudas internacionales sirvieron para incrementar su patrimonio personal. Tanilo llega junto a la Virgen de Talpa, danza entre los demás peregrinos «la noche entera hasta que sus huesos se aflojaban, pero sin cansarse» y muere poco después. Su esposa y hermano buscan un lugar en qué enterrarle, y regresan apenados por la pérdida y separados, ellos que habían sentido también el mutuo calor, por esa muerte.

Una muerte más

La pobreza engendra violencia. La literatura del «boom» está llena de muertes, anunciadas o no. En *La Cuesta de las Comadres*, Rulfo nos relata otra historia con una muerte, dos muertes. Pero interesa aquí la muerte segunda. Lo confiesa el narrador, casi humildemente: «A Remigio Torrico yo lo maté». Es una muerte casi necesaria, al ver del protagonista, por la insistencia de Remigio en imputarle la muerte de su hermano Odilón. El relato nos deja un poso de cierta angustia, tal vez por la sencillez de ambas muertes y por el desgarró de los sucesos que allí acontecen. A través de la miseria, todo es posible. Así aparece la Cuesta de las Comadres como un lugar donde la rutina y la violencia se hacen permanentes y donde las vidas humanas tienen tan poco valor como las de un animal vagabundo. Cuando ya ha muerto Remigio Torrico, le dice su matador: «Mira, Remigio, me has de dispensar, pero yo no maté a Odilón. Fueron los Alcaraces. Yo andaba por allí cuando él murió, pero me acuerdo bien de que yo no lo maté. Fueron ellos, toda la familia entera de los Alcaraces. Se le dejaron ir encima, y cuando yo me di cuenta, Odilón estaba agonizando. Y, ¿sabes por qué? Comenzando porque Odilón no debía haber ido a Zapotlán. Eso tú lo sabes. Tarde o temprano tenía que pasarle algo en ese pueblo, donde había tantos que se acordaban mucho de él. Y tampoco los Alcaraces lo querían. Ni tú ni yo podemos saber qué fue a hacer él a meterse con ellos». Vidas sencillas, aparentemente sencillas, pero abocadas a una destrucción absurda, como si la tierra propia y el entorno estuvieran sedientas de sangre y se quisieran hacer protagonistas del inmenso drama que supone la muerte